

MUEBLES

Sebastian Guijarro - FRENTERÍA 30 Y 31 Y REINA 6
TELÉFONO 345 - MURCIA
Grandes existencias. :: Nuevos estilos
Interesaver precios y construcciones de esta Casa.
MURCIA

DEL MOMENTO

SOBRE ENSEÑANZA

EL MAESTRO DE... ROUSSEAU

Queda un punto que contestar, de los dos articulitos con que ha honrado LA TARDE, el señor Mayordomo.

Me refiero a los Maestros de «veintinueve duros».

Aparte de que este adalid del Magisterio combate con armas empuñadas por un apasionamiento ciego que lo deja al descubierto a cada paso que dá, algo le he de decir sobre los Maestros a que se refiere, que son los que ingresaron por la puerta falsa, obteniendo escuelas sin hacer oposiciones. Aquellas puertas se cerraron ya tiempo hace, y los que dentro del templo de Minerva quedaron, en él permanecen.

El Sr. Mayordomo, como otros viejos Profesores de Instrucción primaria que viven muy desahogadamente, y que andan, respecto a sueldo, por encima de las tres mil, más los emolumentos antes enumerados, tienen un concepto tan pobre, tan mezquino, de lo que debe ser un educador de niños, que entienden que todo el mundo sirve para el caso, equiparando la misión del Maestro a la del zapatero de portal.

En cierta ocasión me hallaba yo en una librería. A la sazón, conversaba con el dueño del establecimiento; un individuo ya entrado en años, con aspecto de campesino endomingado. Aquel hombre, al despedirse del librero, le dijo:

—Pues «denda» otra vista, maestro; y que «haiga» salú.

Y salió con un paquete bajo del brazo.

El dueño del establecimiento, gran amigo mío, quedóseme mirando al mismo tiempo que me preguntaba.

—¿Conoces a ese?

—No. ¿De quien se trata?

—De un Maestro de escuela. Tiene o desempeña una Escuela Nacional en la Diputación.... H. He visto su título adquirido en la Normal.

Este era un Maestro «con varios años de meritorios servicios muchos» que dice el Sr. Mayordomo.

CALCETINES

«VARON DANDY» Y «MOLFORT»

Marcas registradas

Elegantes y de duración garantizada

Casa H. Seguer

Otro ejemplo.

Era Alcalde de Lorca en la época a que me refiero, un antiguo amigo, hombre de no escasa cultura y dotado de muy buen sentido.

Conversábamos en la Sala de Alcaldía, cuando, previo el consiguiente permiso, entró un señor de porte algo raro.

No vestía del todo mal. Tocaba su cabeza con un sombrero de paja forma Frégoli corrian los últimos días de junio—; calzaba unos zapatos de lona blanca con punteras y ribetes negros. Un trajecillo de lanilla gris; camisa de color, y la corbata, era un lacito minúsculo, negro. El semblante moreno, sonrosado y una complexión robusta, acusaban un excelente estado de salud. Usaba gafas con cristales oscuros.

Nuestro hombre, después de estrechar fuertemente la diestra del señor Alcalde, me saludó con una exagerada inclinación de cabeza. Después, sacó un pañuelo, limpió el sudor que corría por su frente y luego enjugó en él el sudor de sus manos.

—Uff, ¡cómo calienta Febo, señor Alcalde! El veranito va a ser «como no digan dueñas».

El Alcalde me miró, sonrió levemente y ofreció un asiento al visitante, que éste aceptó.

—Vengo de allá, de la aldehuela, y como siempre, mi visita al digno y preclaro Alcalde y devoto amigo.

—Usted siempre tan cariñoso—dijole el Alcalde.

—Deber de los débiles, señor Alcalde. ¿Verdad, señor?—dijo dirigiéndome la pregunta y mirándome con cierta satisfacción como diciendo: «Creo que me porto».

De no estar yo muy acostumbrado a dominar la risa, hubiera soltado el trapo. Lo ridículo, no era sólo el lenguaje; era también la afectación con que hablaba; recortaba de una manera especial las palabras; prolongaba las eses de un modo extraño, y sonreía, sonreía siempre con un aire de suficiencia encantador. Era un ente singular aquel hombre.

—¿Y cómo va la Escuela? ¿Tiene usted muchos niños?

—Le diré, le diré. La Escuela marcha, marcha... «El mundo marcha» que dijo Rousseau, como sabrá usted.

—¡Atíza!—dije yo sin darme cuenta, pero entredientes, por fortuna.

—En cuanto al número de niños, siempre que la primavera viste sus galas, las faenas del agro me quitan muchos... Pero hay que sufrir las diserciones. Los padres son unos incocientes, querramos o no querramos, señor Alcalde.

Me levanté de la butaca más que aprisa. El que sudaba entonces la gota gorda, era yo.

—¿Parece que te levantas?—dijome el Alcalde con la dañina intención de retenerme.

—¡Es que me voy, pero ahora mismo!—le contesté irritado.—¡Que no aguanto más porque... me esperan, ¿sabes? me espera... Rousseau. Servidor de usted... le dije a aquél hombre, y salí de estampía.

¡Ay, señor Mayordomo de mi alma! Aquel ente insoportable era un Maestro de Escuela de la clase de los de 29 duros, que entonces sólo tenían quinientas pesetas anuales, pero que como me decía uno de los pedagogos más ilustres de España: ¡Ni eso merecían!

Y sin embargo, el tal Maestro vivía como los ángeles: el «agro» le llenaba su casa de patatas, de trigo, de frutas, de hortalizas... de todo ¡Y usted y otros como usted, demostrando su buen sentido, abogan por tales maestros, que aún quedan muchos... ¡hasta entre los de oposición! Por las once mil vírgenes; prefiero que sean Ministros de la Corona, antes que profesores de Instrucción primaria. En la poltrona harían menos daño que en la Escuela.

Mire: Yo traté a un Ministro, que se le parecía mucho, hablando al Maestro de... Rousseau.

¡Palabra de honor, que es verdad!

JUAN DEL PUEBLO

JOAQUIN ARDERIUS

LA ESPUELA, NOVELA, Sociedad Española de Librería, MADRID

EL PERSONAJE VISTO POR SI MISMO.—También yo, como los personajes de Pirandello, buscaba un autor. Ya que con frecuencia me sumergía en el mar de mí mismo, y en esas fugaces inmersiones, advertía un mundo extraño, inédito y confuso, cuya exploración llegó a producirme una inquietud dramática. Al fin me di cuenta de que yo no podía ser buzo en mi espíritu; a los pocos minutos de hundirme en mi océano interior, sufría síntomas de asfixia y tenía que regresar a la superficie, vacío e irritado, con sólo una ojeadita efímera de aquel universo misterioso que batía en lo subterráneo de mi ser. Estuve a punto de ahogarme. Yo presentía que allá, en el fondo, había de todo: lodo y color, piedra y espumas, rompientes y remansos. Me daba cuenta de que yo, Luis Morata, poeta de periódicos, es decir, periodista casi anónimo,

lograría el primer éxito serio tras ladando a la playa de la cuartilla alguna muestra del paisaje de mi espíritu. Aunque me muriera después de horror o de fatiga. Como esos pescadores de perlas, que vi, en un cuento de Oscar Wilde, arrojar la presa preciosa en un vómito de sangre.

Estaba convencido de mi fracaso de escritor cuando conocí a esa mujer. Fué ella, quizá, la que esclareció mi derrota. Entonces me dediqué a buscar un compañero de oficio, capaz de penetrar en el alma de Amalia y en la mía y, revelarla a la luz violenta de nuestros amores. Confieso que padecí un género de envidia que imagino nueva—¡y he aquí lo raro!—entregentes de letras. No sé quién dijo—no soy un erudito, sino un autodidacta—que todo escritor es un héroe fracasado. Pues bien; yo era un héroe, fracasado como escritor. Llevaba en mí la novela que no podría escribir! Entonces comprendí toda la maravilla del arte. Comprendí que un personaje «no es nada» como no exista el escritor que le dé expresión artística, que le ponga en comunicación con la conciencia ajena. Amalia y yo, seres vivos, criaturas adultas de la fauna social, hemos nacido sin embargo, en el libro de Joaquín Arderius.

Necesito decir que ese pleito entre el héroe y el escritor es el pleito de toda mi existencia humana. En ese conflicto está toda la novela. Soy un hombre—¿un hombre o un personaje?—que atiende a dos espectáculos distintos, y desatiende, por lo tanto, los dos. El espectáculo de la acción y el de la contemplación. El de la acción me lleva a la política, a la lucha social. El de la contemplación, me conduce al arte, a la disconformidad, a la inercia. El autor me califica de «poeta», a sabiendas de que jamás escribí un verso. Poeta por lo que no realizo. Por lo que hay en mí de idealidad difusa, de aspiración a lo perfecto. Por lo que me convierto en despojo para alimentar mi trailla de anhelos. Por lo que tengo en mí de insurrección estéril.

Todo ello no hubiera pasado de una simple contradicción psicológica, si el angustioso piafar del sexo no penetrase en los recintos más delicados y egrégios de mi espíritu. El sexo llegó a los huecos más puros y a los rincones más exquisitos. Aquí la acción mató la contemplación, y todas las mujeres fueron presa de eso habitante hoso, macilento e insaciable que es mi instinto sexual. Amalia sería una de tantas; «el perfume que pasa un instante por mi olfato ávido, sin dejar otra huella». Pero ella, monógama, mujer de una sola pasión, atisbó bien pronto un resquicio sutil por donde pudiese filtrarse el vapor de su alma. Inventó al burgués, al propietario de su vida. Despertó otro monstruo

en mí: los celos. Los celos, espuela de amor. Yo, al fin y al cabo intelecto, es decir, sofisma, silogismo, especulación, mezclé mi ideología revolucionaria con la materia impura de mis sentimientos y fui contra el burgués, a pretexto de prácticas en doctrina del comunismo sexual.

(En realidad, Amalia es una mujer elemental. ¿Obró como una modista, una mecanógrafa o una duquesa? Sencillamente, como una mujer enamorada, que es siempre una mujer vulgar. Me quería para ella sola, para siempre. No era otra cosa que el instrumento de la especie, aunque la teoría de Schopenhauer esté un poco anticuada.)

Un alma ambiciosa, y sin embargo, irresoluta y desconfiada como la mía, virgen aún para el amor, gracias al blindaje del sexo, tenía que responder al espoleo de los celos. Corrió ciega, fronética, hacia el abismo de los amores auténticos. Y heme aquí también monopolizado de mujeres. Sobre los escombros de dos ídolos rotos—Marx y Lenin—un amor tirano, viejo y monstruoso. Un amor del antiguo régimen. Pero mi trágico vencimiento no quedó ahí. Cuando Amalia, borró con la verdad el fantasma del rival inexistente, creí todavía desesperarme. Ya era tarde. Mi corazón, ensangrentado, corría sin espuela hacia ella. Al huir Amalia, convencida de mí desamor mi vida se derrumbó definitivamente. Entre el montón de despojos llora el vencido como un niño.

A mi fracaso de escritor, junto ahora mi fracaso de héroe. No tengo siquiera el libro albedrío del personaje inédito. Ya no sé si soy como el novelista me presenta, ni siquiera si he sido alguna vez así. Demasiado humano siempre, puede entrar triunfante en la historia y me he quedado, vencido en la novela. Y menos mal que he encontrado a mi autor. Porque hoy muchos héroes por ahí, abandonados y oscuros, que se ofrecen inútilmente. Yo, escritor y personaje a la vez, sé que es más difícil encontrar un autor que colocar una buena comedia.

J. DIAZ FERNÁNDEZ

De «La Gaceta Literaria».

MADRID

Machinbarrena, es ingeniero municipal

Comunican de San Sebastián que don Juan Machinbarrena, confesado autor de la hoja clandestina contra el jefe del Gobierno, es ingeniero municipal y sobrino del presidente del Comité organizador de la Unión Patronal de aquella capital.